

## IX

Siempre es peligroso ir contra las corrientes populares. En el programa del nuevo Gobierno figura, para ser ley muy pronto, el servicio obligatorio. Indiscutible en teoría, dentro de esa igualdad que las leyes nos reconocen á todos como ciudadanos, aunque la Naturaleza la desmienta á cada paso; más atenta que á la igualdad, á la armonía, que no es lo mismo; pues á ella contribuyen, como en música bien compuesta, tanto como los acordes, las discordancias; ¿es tan indiscutible en la práctica? Por acercarnos al ideal bruscamente, ¿no tropezaremos con duras realidades, cuyo choque, no sólo destruye el ideal, sino realidades positivas que debemos alejar de todo peligro cuidadosamente? No basta mejorar los cuarteles; no son cuerpos mortales solamente los que han de alojarse en ellos y han de acomodarse á

su disciplina; son espíritus también, que no se disponen tan pronto ni tan fielmente como los materiales: alojamientos y provisiones. La Religión y la Milicia: «Religión de hombres honrados», que dijo Calderón de la Barca, no pueden existir sin una fe ciega, cuyo más sólido fundamento sólo puede hallarse en una humilde ignorancia ó en una superior filosofía, aparte los casos de predestinada vocación. Pero entre las humildes inteligencias y los entendimientos superiores capaces de crear objetividades de su propia subjetividad, existen en gran mayoría esas inteligencias medias que han dejado de ignorar y no han llegado á saber. Estas serían las dominantes en el Ejército con el servicio obligatorio; éstas las que llevarían á él todos los fermentos de una cultura mal reforzada. En ella abunda la moderna generación intelectual, y de ello se resiente todo el organismo social. ¿Tendría virtud el servicio obligatorio para disciplinar á esa masa, ó no sería ella la que llegaría á contaminar el sano organismo del Ejército?

La ejemplar conducta de distinguidos

voluntarios en la última guerra de Melilla ha influido, sin duda, en la opinión y en los gobernantes para confiar en la virtud del servicio obligatorio. ¡Hermosa es la fraternidad de todas las clases sociales en defensa de la Patria y en los peligros de una guerra! Pero no son los tiempos de guerra norma para presumir las ventajas ó los inconvenientes del servicio obligatorio. Lleva la guerra en sus peligros y en sus actividades, virtud moralizadora con la que no puede contarse en tiempos de paz.

No olvidemos tampoco, en el país de las recomendaciones y las influencias, que la desigualdad, más sensible que palpable de hoy, sería la desigualdad que salta á la vista á todas horas, y es más irritante.

¿El ejemplo de otras naciones? ¡Ay, si la voz de algunos sabios sociólogos lograra sobreponerse á la voz, más clamorosa, de los halagadores de muchedumbres!

Preguntadles á los primeros, preguntad á las estadísticas las ventajas comerciales, industriales, sociales, en fin, que ha conseguido Francia con el servicio obligatorio. Enteraos, ¡oh bien intencionados legislado-

res!, cómo leyes tan democráticas, tan generosas, tan animadas de nobles propósitos, como la del servicio obligatorio y la de reglamentación del trabajo de los menores, han desatado sobre París y otras ciudades de Francia esas bandas de *apaches*, que no son signo, ciertamente, de civilización ni de progreso.

No hay nada más peligroso en la realidad que el noble juego de los ideales.

Bueno es atender á la opinión popular, para satisfacerla en lo justo; pero sobresalga sobre ella la opinión de los contempladores desinteresados. Cuando todos crean llegada la hora, ellos sólo sabrán decir: «Aun no es tiempo».

\* \* \*

Admiremos la dificultad vencida por la señora Bellincioni en su danza de Salomé. Es todo lo que puede danzarse ante nuestro público, cuando ese público asiste á nuestro Teatro Real. Admirado el arte de la señora Bellincioni, convengamos en que si Salomé no danzó de otro modo ante el Te-

trarca, ó éste era hombre de buen contentar, ó tenía más ganas de perder de vista la cabeza del Precursor que Salomé de conseguir la del uno y trastornar la del otro.

¡Me figuro á Pastora Imperio bailando por instinto lo que la señora Bellincioni baila por arte. ¿No son nuestro vulgarizado tango y nuestro popular garrotín, más propia evocación de lo que debió ser la danza de Salomé? ¡Lástima que haya perdido toda nobleza con el roce plebeyo! Hay que confesar, ¡oh amplitud de los escenarios populares!, que *La Corte de Faraón*, con su garrotín, está más cerca de la verdad bíblica que la *Salomé*, de Strauss, con su danza de los siete velos. Y ¡los «entra-dones» que se ha perdido la empresa! *Salomé*, con su buen garrotín hubiera llevado á todo el público de Eslava, sin perder el del Teatro Real por eso. El pudor de nuestro público está siempre dispuesto á dejarse violar. Pero, ¡vale la pena tan pocas veces! Y luego, que uno también tiene su pudor y no tan violable.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1825 MONTERREY, TEXAS

Francisco de Curel, uno de los pocos autores dramáticos franceses sin ribetes de negociante, aseguraba, en reciente indagatoria sobre la llamada «crisis» del teatro, que el teatro, en fuerza de tanto querer ser negocio, va dejando de serlo, y acabará por arruinar á cuantos empresarios sean ó fueren.

Ya no basta para satisfacer las exigencias del negocio teatral con la obra razonable, la obra razonablemente aplaudida y celebrada; es preciso la «gran atracción», como en número de circo; la obra que avive todas las curiosidades, como crimen misterioso; la obra de «gran público», público que pueda llenar durante cien representaciones un teatro.

¿Fueron así las tragedias de Esquilo y de Sófocles? ¿Las obras de Shakespeare? ¿Las de Lope y Calderón, obligados á una

fecundidad sólo disculpable por la efímera vida de cada obra en su tiempo? ¿Es posible hacer obra de arte sincera, sentida, «nueva», con esa preocupación comercial del gran número de representaciones, consecuencia de no reparar en los medios de llamar la atención? Mujer y obra de arte que andan por el mundo á llamar la atención, ¿no merecen el mismo nombre?

¡Cuánta noble idea de comedia malograda por la consideración: «No será obra de público, no dará dinero... No será obra simpática!... ¿Adónde voy yo con esta obra?» ¡Oh, autores noveles! ¡Envidiáis á los que vosotros llamáis consagrados! Vosotros, por lo mismo que las empresas no confían en vosotros, podéis atreveros á todo. Si alguna obra os admiten, tened por seguro que la empresa ensayará otra al mismo tiempo, para sustituir á la vuestra en el caso probable de un fracaso. No gastará en ponerla, ni las actrices encargarán á París trajes y sombreros, ni los actores esperarán revelarse en la creación de sus papeles... Para los autores consagrados, ¡qué enorme responsabilidad la suya! ¡La obra

de las esperanzas, de las ilusiones, la clave fundamental de una temporada, ó por lo menos de gran parte de la temporada!... La equivocación de un autor consagrado es la ruina para una empresa, la desilusión de actrices y actores, el descrédito de un modisto, la zozobra en muchos humildes hogares de tramoyistas, acomodadores, etcétera. ¡Legión pavorosa de espectros, presente al concebir la obra, al planearla, al escribirla!... ¿Esa frase?... no; es peligrosa. ¿Ese chiste?... ¡tremendo! ¿Ese final?... ¡de poco efecto! ¡Eso es atrevido! ¡Eso no está garantizado por el aplauso! ¡Oh, la gloriosa inconsciencia de las primeras obras, las que un empresario recibía con displicente desconfianza!... —Tenemos ahí una obra de un chico que empieza... Una cosita; no está mal... Allá veremos... Mientras llega la obra de...—aquí un gran nombre.—¡La obra de la temporada!

¿Comprendéis el lucido papel que podía hacerse cuando, por azares de la fortuna, la «cosita» sin importancia pasaba á ser la obra de la temporada? ¿Comprendéis la grave responsabilidad cuando la obra de la

temporada es... una cosa de mucha importancia, que no le importa al público? ¿Sabéis de la tristeza de las cumbres, cuando se mira á un lado ó al otro y todo es cuesta abajo?

¡Juventud, divino tesoro!, más divino porque puede ser derrochado pródigamente, porque es sólo nuestro... En la vejez, nuestro dinero, nuestro arte, nuestra vida, todo, ya no es sólo nuestro; hay quien puede pedirnos cuenta de todo ello... ¿Es posible un artista con consejo de administración? ¿Comprendéis que, por no soportarlo, pueda romperse la pluma á lo mejor de la vida, como dirán muchos de los que, unos por admirar, por envidiar otros, no supieron nunca compadecer al que vieron en alto?

\* \* \*

¡Oh, maestro! Leí vuestra carta, en la que adivino toda vuestra tristeza. Es la tristeza de Jesús, cuando al aconsejar al joven neófito que repartiera toda su hacienda entre los pobres, si pretendía seguirle, vió cómo el joven le volvía la espalda, incapaz

del sacrificio. Así visteis llegar á muchos presuntos discípulos; grandes admiradores, á los que abristeis el raudal de vuestro corazón y de vuestra inteligencia... Y los visteis después alejarse desdeñosos, malcontentos, murmuradores, porque en vuestra bondad, ellos sólo buscaban un elogio, un «bombito» en forma de prólogo ó juicio crítico; de vuestro entendimiento, que se hiciera traición para celebrar sus errores y sus tonterías, y le ayudáseis al «buen parecer», que basta para andar entre las gentes... Ellos, como Esaú, vendieron su primogenitura por un plato de lentejas...

¡Cada vez más solo, maestro! ¡Es verdad! ¿Quién no ha sentido esa gran tristeza de ofrecer lo que mucho valía, y ver cómo ellos preferían lo de ningún valor?

Ofrece uno toda la vida, y ellos sólo piden una recomendación, un elogio—algo del momento—. Ofrece uno la verdad de su corazón: ellos sólo querían una mentira.

\* \* \*

Próximo el primer aniversario de la muerte del maestro Chapí, no es de temer

que empresarios, artistas, la Sociedad de Autores, España entera, en fin, necesiten de mejor estímulo que la proximidad de esa fecha para conmemorarla de un modo digno: La deuda es grande. Suspendida quedó, por la muerte, la función proyectada en honor del maestro; contratiempos de todo género impidieron las representaciones en esta temporada de *Margarita la Tornera*... Es empeño de honra vencer á tanta fatalidad, á la misma inexorable de la muerte, que sólo el amor vence... cuando el olvido no es segunda muerte. Pero ¿habremos olvidado tan pronto? O ¿será la envidia la única que recuerde? Cosa sería entonces de admirarla como una virtud, si ella sola logra vencer á la admiración y al cariño de cuantos decían admirar y querer al gran artista, al hombre honrado, al que, en tierra de bien nacidos, no es posible que hubiera dejado una sombra de odio ni de envidia.

## XI

Pasó Marta Regnier con su compañía y su ligero repertorio, por el escenario de la Comedia, sin dejarnos honda emoción de arte ni de belleza. Nos sentimos un poco orgullosos, porque ni actores ni autores españoles podíamos temer la comparación. Sólo envidiamos lo selecto de la concurrencia y sus manifestaciones de agrado, no tan fáciles de obtener para los de casa.

Marta Regnier es... un bonito artículo de París; de esos que entre directores de teatro, autores y críticos suelen fabricar allí para admiración de provincianos y de extranjeros. Además, en París les parece joven, y lo es, comparada con Sarah, la Bartet, la Rèjane, la Hayding y demás grandes estrellas del Teatro francés, admirable museo de antigüedades.

Los actores franceses tienen el defecto general de ser demasiado actores. Todo es

estudio y composición en ellos. No os sorprenderán nunca con una incorrección, con un desentono. En las actrices es también defecto empachoso que siempre han de parecer *cocottes*. Sólo Mme. Bartet y Mlle. Reichenberg han tenido aires de gran señora y de señorita en la escena. Algo también la Brandés, y en la extraordinaria Sarah, el arte supremo lo idealiza todo, dándonos la sensación, como dijo Lemaitre, de una mujer extranjera en todas partes, una mujer de raro exotismo, que viene nadie sabe de dónde y vuelve á otra región que ignoramos. Las demás, la *cocotte*, la eterna *cocotte*, creación artificial de una literatura dramática que necesita para sus combinaciones, figuras femeninas convencionales, como lo fueron la cortesana del teatro latino y la dama de nuestras comedias del teatro antiguo.

Al mismo género pertenecen la *jeune fille* de los ingenuos descocos, la casadita de los peligrosos *flirts*, la divorciada andariega y la viudita joven y experimentada de casi todas las comedias francesas modernas. Triste idea darían de una sociedad,

si no supiéramos que el teatro fué siempre, en arte, la última y más irreductible trinchera de lo falso y lo convencional. Ni Francia, ni París mismo, ni su sociedad, ni sus mujeres, ni sus maridos, son eso ni pudieran serlo.

Consolémonos, con la imagen falseada que sus escritores nos ofrecen, de la que suelen presentar de nosotros. No es extraño que se equivoquen al hablar de lo ajeno, los que se equivocan al hablar de lo propio.

\* \* \*

Más que nuestros actores y nuestros autores de los extranjeros, tendría que aprender nuestro público en cuanto á consideración y respeto al espectáculo y á los espectadores. En una de las últimas representaciones de *El oro del Rhin* era materialmente imposible enterarse de la obra, salvo en la parte visible. ¡Y habrá quien diga que la música de Wágner es estruendosa! Sí, sí; ¡ya pueden echar los compositores trompas, timbales, bombos y plati-



llos á competir con la graciosa cháchara de los abonados! ¡Y se tendrán por muy distinguidos! No saben que lo más distinguido es... tener educación y que si entre todo el numeroso público hubiera un solo espectador, uno sólo, que hubiera pagado por oír la ópera y no por contribuir á la general algazara, ese solo espectador merece el silencio de todo el público; no hablo ya de los artistas y de la obra. Pero ¡sí!, este es el país de: «Para eso hemos pagado, para estar como nos convenga.» Váyase la poca educación de los que charlan, por la exagerada de los que, habiendo pagado para oír la ópera, no protestan ruidosamente y en cualquier forma de la mala educación de los charladores. A descortesía, descortesía y media. Nunca estaría más justificada. En ningún teatro del mundo se toleraría cosa semejante. ¡Y esa es la gente que viaja por el extranjero! Verdad es que cuando viaja va á los circos, á los *music-halls*. ¡Lástima de dinero, que estaría tan bien empleado en los que no se atreven ni á respirar, allá en el paraíso!

\* \* \*

En *Juventud de príncipe*, traducción de la comedia alemana *Alte Heidelberg*, hay algo que desconcierta al espectador y, sobre todo, á la espectadora, en nuestro público: las relaciones del príncipe y de Catalina, camarera de una cervecería.

Cuestión de latitud y de razas. Un público latino ¡el latino es pillín! no comprende ese buen amor que tiene tanto de buena amistad. Aquella muchacha sencilla quiere y se deja querer sin hablar de matrimonio, ni de honra... ni siquiera de dinero. ¿Qué especie de mujer es ésta?—se diría más de una espectadora.—¿Es buena? ¿Es mala? Es tonta, por de contado. Grave defecto en una mujer. Nuestras mujeres no temen nada tanto como pasar por tontas. ¡Así es tan raro que las engañe nadie! A buen seguro que un príncipe latino, ¡qué un príncipe!, cualquier muchacho de regular posición, no encontraría una ganga como la moza de Heidelberg. Una muchacha joven, bonita, que ni ama demasiado hasta el punto de destrozarse el corazón al príncipe, ni de estorbarle siquiera en sus estudios, ni le explota hábilmente, hacién-

dose señalar una pensión vitalicia. ¡Un buen camarada de bromas y de excursiones! Mujer... cuando es preciso y nada más... ¡Lo ideal para todo hombre de ocupaciones! Con mujeres así, no es extraño que los alemanes progresen tanto. Los pobres latinos, en cuanto tropiezan con una mujer en su camino ¡hombres perdidos! Por eso *Juventud de príncipe* fué más celebrada en su estreno por los espectadores que por las espectadoras.

Por nuestra vida y por nuestras comedias sólo se comprende el amor causando estragos. Y sólo así convence á nuestras mujeres.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEO  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

## XII

Un distinguido escritor, al patrocinar también el debido homenaje al maestro Chapí, lleva su escepticismo hasta dudar de la sinceridad de mi admiración por el insigne músico; todo porque olvidé que en esta temporada se había representado, por fin, *Margarita la Tornera* en el Teatro Real. Cuatro representaciones, después de tantos aplazamientos y suspensiones, no son muchas, y nada tiene de particular que puedan pasar inadvertidas para cualquiera, á poco preocupado ó distraído que ande uno con sus particulares asuntos.

No soy yo tampoco muy amigo de asistir á representaciones de las obras que admiro. Las representaciones son siempre peligrosas para la admiración, y si esas representaciones son de óperas españolas y en nuestro teatro Real, doblemente. Claro es que una obra musical no puede ser admirada

en su integridad, como una obra literaria, sin pasar por la interpretación, más ó menos edificante. Pero, en este caso, es preferible admirar y creer... por fe, ó, si la fe nos falta, aceptando como buena la autoridad de los competentes. Después de todo, por fe ó por autoridad, creemos en muchas cosas de más importancia: en materias de Religión, de Ciencia, etc., etc.

Yo no me permitiría jamás dudar de la ciencia de un Ramón y Cajal, aunque nunca haya asistido á sus experimentos. Me basta con que personas de gran autoridad científica los den por buenos. ¿Estimaríamos muchas cosas en el mundo si á cada una hubiéramos de aplicar la propia, casi siempre ignorante, y muchas veces impertinente, investigación? El propio juicio ¡es tan falible! y ¡tan variable! Cualquiera alteración en los humores, en la temperatura, en el bolsillo, basta á trastornarle. ¿De qué viven las grandes instituciones sociales más que de este abandono del criterio individual al criterio social, única suma que nunca es resultado de los sumandos,

Si la admiración nacional fuera la suma de admiraciones individuales, ¿habría español que fuera admirado? Si el catolicismo dependiera del número de verdaderos católicos, ¿sería España el país católico por excelencia? Aunque sea el país en que haya más *excelencias* por católicos.

\* \* \*

Del criterio y de los gustos artísticos de nuestros empresarios puede dar idea el que, obras como *Aguila de blasón* y *Romance de lobos*, las admirables tragedias bárbaras de Valle-Inclán, no hayan encontrado todavía escenario en que puedan ser, no más admiradas, pero sí admiradas por más, como debieran serlo.

Ahora, á fines de temporada—de lo bueno poco,—se nos ofrece *Cuento de Abril*. Gentil ofrecimiento de la gentil actriz Matilde Moreno, que nunca empleó mejor su estudio y su talento como en esta buena obra de purificar el ambiente teatral con aires de poesía.

Es *Cuento de Abril* todo poesía y arte

verdaderos, no de esas sobredoradas imitaciones que andan por ahí desacreditando el género.

Me aseguran que *Cuento de Abril* pasó por otros teatros, en donde sólo halló indiferencia ó extrañeza. Extrañeza lo comprendo, por lo raro del caso. La indiferencia, ya es menos explicable. No hay razón para lamentarse de la falta de obras y de autores, cuando se deja marchar una obra como *Cuento de Abril* y *Aguila de blasón* y *Romance de lobos*, ésta sin representarse.

\* \* \*

¡Eterno vaivén de las cosas del mundo! El rompecabezas, el arrinconado juguete de los tiempos de nuestra infancia, es ahora el juguete á la moda, y no para niños, sino para mayores, y muy mayores, y en tertulias de gran señorío y respetabilidad. Verdad es que el juguete viene ahora de Inglaterra con el nombre de *Puzzles*.

Yo no sé si será muy divertido, ni de qué otra diversión podrá ser pretexto;

porque yo no me fío de estos juegos de sociedad, casi siempre de carambola y por tabla. Parece que se divierten con una cosa y es con otra.

Lo que sí sabré decir es que, este juego del rompecabezas, es de un gran simbolismo. ¿Es otra la tarea de nuestra vida, que ésta de ir juntando, para componer algo, los pedazos de nuestro corazón, de nuestra inteligencia?

Los antiguos rompecabezas llevaban el modelo para facilitar la composición; estos de ahora son imprevistos. Y hasta en eso se ve cómo procuran simbolizar la vida moderna. Va uno juntando pedazos y pedazos, sin saber si será una marina ó un paisaje, un apacible cuadro de familia ó una terrible batalla, lo que al fin resulte. La sorpresa es el mayor encanto. Así vivimos: juntando pedacitos de nuestra vida, sin saber lo que será el cuadro de nuestra vida; sin modelo que pueda orientarnos. Rompecabezas es el juguete: si ponemos en él toda nuestra ilusión, bien pudiera llamarse ¡rompecorazones!

### XIII

Somos los españoles como nuestros vinos: ganamos transportados. El que aquí malgasta lo mejor de sus energías en luchar contra el medio ambiente, fuera de aquí, aun contra las dificultades que á todo extranjero se oponen en todas partes, logra vencer y afirmar su personalidad. Por eso fuimos pueblo de conquistadores, y si perdimos todas nuestras conquistas, no fué por no haber sabido hacer nuestras las tierras conquistadas, sino tal vez por haberlas hecho demasiado nuestras. Parece paradoja, pero es lo cierto que América dejó de pertenecer á España por haberla hecho demasiado española. Somos gente poco de casa. Cuando no aspiramos á conquistar el mundo, aspiramos á ganar el cielo. De nosotros puede decirse, como en aquella antigua canción tan nuestra:

«Fuí al mar,  
vine del mar...  
Mis telitas sin hilar.»

Buen ejemplo de este nuestro espíritu conquistador y buena compensación de otras conquistas materiales, hoy más difíciles de emprender, tenemos en Pepe Lasalle, quien salió de España, hará unos diez años, diciendõ: «Seré director de orquesta», y ha realizado su propósito tan cumplidamente que, al saludarle de nuevo por esta su tierra, á su nombre y su cargo añadimos, por aclamación, todos los adjetivos que su modestia callaba al despedirse, pero á los que, sin duda, pretendía en su noble ambición de artista. Gran director de una gran orquesta. No puede cumplirse mejor el propio vaticinio. Desde los tiempos del Gran Emperador, no se unieron Alemania y España en más gloriosa empresa.

Ahora bien, ó, ahora mal, mejor dicho: con el mismo talento, con la misma energía, con todo lo personal, en fin; si entre nosotros se hubiera propuesto Pepe Lasalle realizar su propósito, ¿hubiera llegado á conseguirlo? Contesten tantos verdaderos artistas músicos como andan por ahí desperdigados por cafés y orquestas de teatrillo; responda nuestro público aristocráti-

co, llenando los palcos del Circo en los días de moda y dejando poner en la taquilla de billetes para los conciertos: «Sólo quedan palcos y butacas»; hablen el Cuarteto Francés y el Cuarteto Vela, luchando contra la indiferencia del público, sólo sostenidos por el aplauso de algunos inteligentes que ¡ay! son justamente los que van de gorra, y aun hay que agradecerse. Por eso, bien está que aplaudamos con el mayor entusiasmo á los de fuera, y mucho más cuando los dirige uno tan nuestro y que tan alto pone el nombre de España en el mundo del Arte; pero estimemos en cuanto merecen á los de casa, que, sobre las dificultades de su arte, han de vencer las del medio, hostil ó indiferente. El Arte, que es todo simpatía, sólo en ambiente de simpatía florece.

\* \* \*

¿Quién se atreverá á poner en duda el desinterés de nuestros escritores? Cada dos ó tres años, el ministerio de Instrucción pública, cuidadoso tutor y curador de los menores y pródigos, que son nuestros litera-

tos, ha de conceder graciosamente ampliación del plazo para inscribir obras en el Registro de la Propiedad. ¿Es desinterés, ignorancia de estas formalidades legales ó triste convencimiento de que, para lo poco que ha de producir, no vale la pena de tomarse molestia alguna? En los dos últimos casos sería muy triste; en el primero sería muy laudable, si ese desprendimiento no redundara siempre en beneficio de algún editor *vivo*, siempre dispuesto á levantar muertos al amparo de una ley que, por fortuna, no se cumple con inexorable rigor. Para todos los efectos de responsabilidad, la condición de escritor debiera equipararse en nuestros Códigos á la de los menores ó incapacitados. ¿Por qué han de estar tan reñidos números y letras que, hasta cuando la realidad de los números se impone al escritor, ha de venir en letras... de cambio, aceptadas por él con la más divina inconsciencia de números y de fechas?

\* \* \*

El descubrimiento del doctor Doyen, prometiéndonos más larga vida, no dejará de

regocijar á cuantos van á gusto en el machito; para ellos lujoso carruaje ó automóvil. A los de á pie nos es indiferente. ¡Alargar la vida!

¡Como no sea por la ilusioncilla de ver terminadas las obras de la Gran Vía; ó por ver si los aeroplanos llegan á establecerse con servicio regular, como los transatlánticos; ó por saber del estreno de una obra nueva de Rostand; ó por ver las calles de Madrid sin pordioseros!... Aunque es de temer que la virtud del descubrimiento del doctor Doyen no alcance á la realización de todas estas esperanzas. Entonces, para seguir con la misma historia de la vida, «Este cuento de la vida, dos veces contado», como dijo Shakespeare», ó «contado por un idiota», que dijo el mismo... El descubrimiento del buen doctor no vale lo que una botella de buen vino, un poco de morfina, un buen cigarro, una buena música ó una buena mentira; de esas mentiras dulces, que parecen amor ó gloria... Todo lo que es olvido de esa implacable verdad, cuyo nombre más cierto es muerte.

#### XIV

Son las próximas elecciones la mayor preocupación en estos días. No—esto es lo triste—por el gran interés que inspiren, en cuanto pudieran influir en los destinos futuros de España, sino por los muchos pequeños intereses que en ellas se fundan y contra el interés general conspiran.

Líbrenos la diosa Democracia de hablar mal del sufragio universal, ni del voto obligatorio, preciadas conquistas suyas. Antes era posible que un Gobierno regalara, lo que se dice regalar, un distrito á cualquiera de sus patrocinados; pero, por lo mismo que se trataba de un regalo, los Gobiernos cuidaban, para no dar que murmurar demasiado, que el candidato fuera persona de merecimiento. Ahora, como todo el apoyo y la protección oficiales no bastan á librar al protegido de ciertos gastos indispensables, es preciso buscar ante



todo gente de dinero o que sepa sacarlo de donde lo haya. Antes solía decirse: «A Fulano le apoya el Gobierno», ó «Cuenta con la protección de éste ó del otro, mayores ó menores caciques.» Ahora, las protecciones no significan nada. La única probabilidad de triunfo es decir: «Fulano piensa gastarse tanto en la elección; Menganito se gastará cuanto.»

Las gentes sencillas, tan incapaces de grandes abnegaciones patrióticas como de ambiciosas vanidades, no hayan compensación en el cargo de diputado á tan crecidos sacrificios pecuniarios, y con la natural desconfianza que despiertan siempre las acciones heroicas, cuando su móvil no tiene equivalente, por lo menos «potencial», en nuestro espíritu, dan á recelar, con esa suspicacia propia de las gentes sencillas, que en lo de ser diputado ha de haber algunas ventajillas más que la de sacrificarse por la patria, la de chupar caramelos, la franquicia postal y la misma inmunidad parlamentaria.

Esa desconfianza hace que, obligadas al voto, las gentes sencillas vayan á la vota-

ción con la misma indiferencia con que antes se quedaban en casa. Al «qué más da votar que no votar» ha sustituido el «qué más da votar á unos que á otros». La consecuencia en uno y otro caso es la misma: no triunfa el que triunfa por importarle á muchos, sino por no importarle á nadie. Así podemos vanagloriarnos de constituir unas Cámaras que no representan la opinión del país, como en otros países, sino su falta de opinión.

\* \* \*

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Ado. 1625 MONTERREY, N. L.

A consecuencia de una polémica entre autores y críticos, se ha discutido en París, entre autores, críticos y actores, sobre la eficacia de la crítica, sobre sus derechos y deberes y hasta sobre la conveniencia de su desaparición. Los autores y los actores artistas han opinado, como era natural, que la supresión de la crítica literaria sería tanto como relegar el teatro al terreno puramente industrial de especulación. Pero ¿es otra cosa el teatro moderno? ¿No es fantasear á costa de la realidad—fantasía muy

cara—considerarle de otro modo? A no ser en teatros subvencionados con esplendidez, donde los directores puedan permitirse el lujo de ofrecer verdaderas obras de arte, ¿qué empresario ni qué autor pueden aceptar la responsabilidad de comprometer intereses respetables por entregarse á nobles juegos de arte?

Hoy se le da al teatro una importancia comercial que nunca tuvo. Exigencias del público, de la crítica, de autores y actores—no hablemos de los propietarios,—han convertido en negocio arriesgadísimo, más propio de capitalistass que de verdaderos aficionados al arte, la explotación de un teatro. En estas condiciones, ¿puede depender del criterio artístico, de la crítica, el éxito de una obra? Dejémonos de vanidades. El teatro moderno tiene muy poco que ver con el arte. No se interponga ninguna consideración artística entre el público y la taquilla, como no se interpone entre el comprador y el comerciante una crítica del escaparate. ¿Que esto será el fin de la literatura dramática? No, al contrario; quedarán mejor deslindados los campos. A un

lado el arte y la literatura; al otro lado el teatro. Un teatro que sólo aspira al dinero no debe tener más sanción penal que la falta de dinero. La crítica literaria es demasiado honor para él. La mejor crítica de muchas obras es haber llenado el teatro durante 200 noches, y que el autor, para curarse de toda vanidad, llegara á conocer personalmente á los 200.000 espectadores que le han aplaudido. ¡Ay del artista que, cuando más clamoroso oye el aplauso de todos, no sabe percibir la voz de la propia censura!

\* \* \*

En Berlín se ha fundado una Sociedad, llamada de Calderón, con el objeto de representar obras de nuestro autor y algunas de otros autores, no menos admirables, nunca representadas en los teatros ordinarios. En dicha Sociedad figuran ilustres personajes, y en la primera función, con el concurso de los mejores actores de los teatros berlineses, se representará *La devoción de la Cruz*.

Esto en Berlín, donde todos los años se representa mayor número de obras de Calderón y de Lope de Vega que en nuestros teatros. En cambio, nosotros no dejaremos de representar opereta alemana, ni austriaca, en justa correspondencia. Schiller y Goethe y el moderno Hauptman bien están en su casa. Y que se lleven á Calderón y á Lope. ¡Para lo que van á divertirse con ellos! Mejor sería proponerles, ya que en tan buena disposición se hallan, que se encargaran de celebrar en Berlín el centenario de Cervantes. ¡Fuera cuidados! De aquí les mandaríamos una lucida Comisión y todos los toreros que hicieran falta para una buena corrida de toros.



## XV

¡A cualquier hora nos la dan á nosotros de primos! Nos hemos dislocado de risa con una porción de *vaudevilles* sin gracia y sin fantasía; nos hemos extasiado ante unos cuantos melodramas policíacos sin novedad y sin interés; hemos acogido como armonías celestiales la organillesca musical de cuantas operetas vienesas han querido ofrecernos... Todo ello por venir de fuera y venir consagrado. Pero esto no podía continuar. ¿Qué se diría? ¿Qué éramos público para contentarnos con cualquier cosa? Nada, nada de dejarse sugerir... A la primera ocasión... Y la primera ocasión ha sido *Chantecler*. Diríase que, á falta de mayores solemnidades, habíamos querido conmemorar en él la fecha próxima del Dos de Mayo. Lo que no consiguieron bombos y reclamos previos, acabará por conseguirlo la desconsideración

de algunos públicos con una obra de noble y elevado arte: imponerla, por fin, á la admiración de todos. ¡Ya quisiéramos que gallos como ese nos cantaran todos los días en nuestros corrales! ¡Para una vez que nos hemos sentido carabineros del arte... de las pocas veces que no venía contrabando!

\* \* \*

La palabra de Dios es el silencio, y, si alguna vez comprendemos en toda su grandeza esa divina palabra del silencio, es cuando una mujer linda y graciosa nos dice ó nos canta tonterías desde un escenario. Para admirar una linda hechura de Dios, ¿qué necesidad hay de molestarnos con idioteces? ¿No bastaría con una bien compuesta danza para mostrarnos la gracia de las actitudes? ¿No bastaría con pasar y sonreír? ¿Es preciso más para que una mujer bella enamore? Y, si algo ha de decirnos, sea en una lengua extraña, sólo comprensible como una música... No quiebren el ritmo de una bella armonía el desen-

tono de las palabras chabacanas. No es la belleza la que ha de acercarse á nosotros; somos nosotros los que hemos de acercarnos á ella, alejándonos de la realidad... Y no es el mejor puente la letra de algún *couplet* que, sólo se salva de lo canallesco, para caer en lo insulso.

\* \* \*

Hasta ahora estuvo considerado el grajo como una de las aves beneméritas de la agricultura, por la gran cantidad de insectos y de alimañas, perjudiciales á los campos, de que se alimentaba. Pero ¡no somos nadie! Ni los estómagos, ni las conciencias, ni ¡ay! los bolsillos—gran estómago de los racionales civilizados—resisten á un minucioso examen. Después de registrado el buche de unos cuantos grajos—los bastantes para dar autoridad á la estadística,—el implacable análisis viene en exonerar á toda la casta de sus preeminencias y consideración sociales como protectora de la agricultura. La cantidad de animalitos dañosos engullidos por el grajo no guarda

proporción con la gran cantidad de semillas y de granos que devora. Por lo tanto, no hay para qué respetarle, y, en adelante, pasará á la triste categoría de los perseguidos y cazados sin tregua.

Aplicado este mismo análisis estomacal á muchos grandes personajes y respetables Corporaciones, hasta ahora considerados y respetadas como de utilidad social, ¿no tendríamos el mismo resultado? Lo que protegen por una parte, ¿estará compensado por lo que dañan de otra? ¿No tragarán más grano provechoso que animalillos perjudiciales? ¡Cuánto grajo no estará viviendo por esos campos, de un respeto mal fundamentado! Se impone la autopsia de unos cuantos, á la hora plácida de la digestión, para saber á qué atenernos.

\* \* \*

Como siempre que se proyectan grandes festejos, de lo proyectado á lo realizado va... la distancia que hay de las necesidades de Madrid á los cuidados de su Ayuntamiento. No; aquí ni comemos ni nos rei-

mos. Como festejo extraordinario, ya nos contentaríamos con que nos lavaran un poco.

El problema de la mendicidad—grandes problemas son siempre aquellos para cuya resolución hace falta mucho dinero: el problema de la vida, el problema de las subsistencias, el problema de la enseñanza, etc...—sigue en estudio. Textos en que estudiarle no faltan. Dentro de poco, para poder andar tranquilamente por Madrid, habrá que vestirse de harapos. Será el único modo de que le dejen á uno tranquilo. Añadan ustedes en estos días, á los mendigos de siempre, los electorales: ¡El voto, por amor de Dios! ¡Esta candidatura, que no he comido en todo el año! Ya no sabe uno á quién dice: ¡Perdón, hermano, ó: Estoy comprometido con los socialistas.

¡Grandes días estos para disponer de un aeroplano! Feliz el conde de Romanones, único español á quien no le preocupan los asuntos electorales!

## XVI

Salvo el género de tropelías, mudanza que los siglos van trayendo, pudo compararse al difunto rey Eduardo VII con aquel otro rey de Inglaterra, Enrique V, héroe de la batalla de Argincourt, protagonista en varios dramas historiales de Shakespeare. Como el alegre y despreocupado amigo de Falstaf y Pistol, supo ser, como rey en su día, muy otro que como príncipe de Gales.

No podría decirse de él que fué el príncipe que todo lo aprendió en los libros. Mucho aprendió en la vida, y no fué desaprovechada la enseñanza. Una buena Prensa le prodiga elogios, que no le regateará la Historia. Estímanse las virtudes de los grandes, y es justo que así sea, por comparación con sus iguales; así no es de extrañar que, con las cualidades que apenas librarían á un señor particular, en la

hora de su muerte, del piadoso comentario de alguna buena amiga: ¡Qué descansada se habrá quedado la familia, la Historia se dé por contenta para proclamar: ¡Era un gran rey!

\* \* \*

Si en la satisfacción del triunfo cabe siempre una gota de amargura, ¿habrá dejado de saborear su provechosa medicina el gran D. Benito Pérez Galdós? ¿Cómo puede escapar á su observación lo fácil de una carrera política y lo difícil de una carrera literaria? La primera serie de sus *Episodios Nacionales* y muchas de sus admirables novelas llevaba publicadas don Benito y no podía contar con el número de lectores con que, sólo en dos años de republicano, ha podido contar de electores.

De lectores á electores hay una sola letra de diferencia; pero ¡qué gran diferencia en números!

Y ¿cómo comparar el mérito de la labor literaria de toda una vida con los merecimientos de dos años de republicano, aun-

que contemos como literatura y como republicanismo el sinnúmero de cartas de adhesión á todas las paellas tricolores, en torno á las cuales se haya reunido siquiera media docena de republicanos?

¡Cuarenta mil votos! Una duda: de la primera novela que publique, ¿venderá tan fácilmente D. Benito 40.000 ejemplares?

\* \* \*

Siempre que un Gobierno sale malparado de unas elecciones, le queda el consuelo que á las mujeres feas y pobres: atribuir á su honradez toda su desgracia. ¡Si yo hubiera sido como otras! ¡Esto me pasa á mí por ser honrada! Ninguna dice: ¡Esto me pasa á mí por ser fea! Que era el caso de la candidatura monárquica en Madrid. Claro es que ser diputado por Madrid significa poco; aquí no hay mango-neo ni caciqueo. Las grandes figuras de la política prefieren sus feudos provincianos. Para Madrid quedan unos cuantos señores de buena voluntad y mejor fe, dis-

puestos á gastarse muy buenos cuartos. Pero ¡ay! Madrid tiene otras teclas que tocar que los distritos rurales. Aquí se fuma y se bebe todo el año y no se le asusta á nadie con un apremio, ni con un recibo... ¿Será verdad que los electores monárquicos hayan andado despegadillos? Como entre ellos hay gente de dinero y muchos tienen automóvil y el día estaba bueno... Por eso, no será malo, para otra vez, confiar menos en los electores y algo más en los elegibles.

\* \* \*

Muchas personas de viso, de esas que se abstendrían, por comodidad ó por abandono, de votar la candidatura monárquica, han andado en estos días poco menos que á media asta con motivo del fallecimiento del rey de Inglaterra. Bueno está vestir á la inglesa y vivir á la inglesa y pagar á la inglesa, pero ¡entristecerse á la inglesa también! Mucho se había divertido el noble difunto, pero no hasta el extremo de que tanta y tan buena gente le lllore como á un padre.

Los actores franceses son los que han tenido una ocasión más de exhibirse. No hay uno que no haya sido gran amigo del rey Eduardo y no tenga que contarnos alguna chispeante anécdota. A Febvre, ex socio de la Comedia Francesa, le regaló un bastón; á Réjane, una sortija; Sarah ¡oh, Sarah! le reprendió una vez severamente porque se acercó á ella sin quitarse el sombrero. Siempre fué el teatro la mejor escuela de buena crianza. Pero todos están inconsolables. Le querían mucho.

Menos mal. Ya dijo Hamlet, príncipe muy aficionado al teatro, que más nos valiera tener un mal epitafio que una mala reputación entre los comediantes.

